



Cuando el Mal

SE QUEDE SIN HISTORIA

Un final donde el amor no compite con la justicia, porque ambos quedan plenamente vindicados.

Cuando se habla del final de la historia humana, muchos piensan en destrucción, castigo o un colapso sin sentido. La Biblia, sin embargo, presenta algo mucho más serio y, a la vez, más humano: un proceso en el que el mal no solo termina, sino que queda completamente expuesto. No se trata de que Dios borre el problema a la fuerza y pase página, sino de que el universo entero entienda por qué el dolor existió y por qué nunca volverá a repetirse.

01 El milenio apunta precisamente a eso: a un tiempo en el que ya no hay engaño, ya no hay manipulación, ya no hay propaganda del mal.



Lo que queda es silencio, revisión y verdad. Para muchos escépticos, la idea de un juicio suena primitiva o vengativa, como si Dios necesitara castigar para sentirse satisfecho.

03 En ese período, la historia se revisa sin prisas, sin miedo y sin manipulación.

Cada decisión queda a la vista, cada consecuencia se entiende, y cada ser creado puede ver que Dios no actuó por arbitrariedad ni por poder desnudo, sino con justicia y respeto incluso por quienes lo rechazaron.

02

Pero el relato bíblico va en otra dirección: el juicio no existe para informar a Dios que ya lo sabe todo, sino para que nadie más tenga que vivir eternamente con dudas sobre su justicia.



La gran pregunta detrás del sufrimiento humano no es solo “¿por qué pasó?”, sino “¿volverá a pasar?”. El milenio responde a eso con claridad: no. El mal no es eterno, no es necesario, no es parte del diseño. Es un paréntesis que será cerrado con total transparencia.

Esto rompe con la imagen de un Dios autoritario y presenta algo mucho más incómodo y profundo: un Dios que se deja examinar.

Un Dios que no gobierna ocultando información, sino abriendo los libros. Un Dios que no necesita el olvido para mantener el orden, sino la verdad.

Por eso el final del milenio no es una tragedia, sino una liberación definitiva: el mal desaparece no como un enemigo reprimido, sino como una mentira desenmascarada.

Y cuando eso ocurre, ya no queda nada que pueda volver a levantar el dolor. La eternidad que sigue no se sostiene en el miedo a que todo se repita, sino en la certeza de que el universo es, por fin, un lugar seguro.

Esa es la esperanza que propone la Biblia: **no un final apresurado, sino uno justo; no una victoria impuesta, sino comprendida. Un final donde el amor no compite con la justicia, porque ambos quedan plenamente vindicados.**